

SILVERIO LANZA

Allá, en los últimos años del siglo XIX, cuando prevalecía en la producción literaria española una prosa engolada, fría y sin matices; cuando, salvo muy pocos escritores, raras excepciones, saltaban hacia más amplios horizontes en sus obras de ficción, en sus ensayos, en sus obras teatrales, apareció en las letras el nombre de Silverio Lanza.

Su prosa era atrevida, libre, rara, verdaderamente original. Un humor de raigambre profunda latía en todos sus trabajos. A lo mejor, el humor se resolvía en una sátira magnífica.

La llamada generación del 98 encontró en Silverio Lanza abierto ya el camino que había de emprender.

Con Ganivet y Unamuno, también anteriores a esa generación, formaba Silverio Lanza una vanguardia de pensamiento libre, abierto, despierto y observador. Desde Larra no se habían vuelto a escribir en castellano páginas tan henchidas de significación, en el aspecto crítico, como las de estos tres escritores, que entonces empezaban.

Sin embargo, eran tres temperamentos distintos, en algunos aspectos contrapuestos. La obra de Ganivet, que murió joven, apenas si tiene semejanza alguna con la de Silverio Lanza, también ya hace tiempo desaparecido. Y la de Unamuno, que continúa, tampoco se parece, en sus bases fundamentales, a la de aquellos dos ingenios.

Silverio Lanza era médico y se llamaba Juan Bautista Amorós. Vivió mucho tiempo en un pueblecito cercano a Madrid, alejado de tertulias y capillas literarias. Iba produciendo su obra sin prisas y poniendo en ella, al lado de sus valores temperamentales, gran riqueza de observaciones ciertas, una prosa nerviosa y matizada de resonancias, concreción, simplicidad, sencillez, todo lo que es característico de la producción literaria moderna. Se adelantó, pues, a su tiempo.

Habiendo comenzado su tarea de escritos antes de que apareciera la generación del 98, a la que se anticipó también en la apertura de caminos nuevos, colaboró después con los escritores de esa generación, en periódicos y revistas. Hoy Silverio Lanza sigue siendo actual, y con valores en su obra para continuar siéndolo en lo futuro. En cambio, alguno de los escritores de aquella generación han pasado ya, y al leerlos parece que se esté leyendo un autor de una época lejana y absurda.

Al lado de Silverio Lanza, escritor de ayer, pero que dejó en su obra suficientes significaciones para ser actual y de mañana, el señor Maeztu, escritor de hoy, que colaboró con Lanza en algunas publicaciones, parece un autor de la Edad Media. Y no de los que en aquel tiempo dejaron

dichas cosas para siempre, sino de los que han quedado en merecido olvido.

Rebeldía, exaltación de la independencia, mordacidad de raíz filosófica, hondura, amplitud, ironía plena de matices, humor, una crítica severa y profunda contra los defectos evitables de la sociedad, repugnancia para todo lo que mengüe o coarte la libertad; sátiras mortificantes para la pedantería y la vanidad hinchadas de los que se creen sabios y no lo son; sencillez encantadora en las descripciones de tipos, de paisajes, de estados de ánimo; naturalidad de rango artístico; simplicidad de medios en su técnica literaria; observación atenta de la vida, de las pasiones, de las apariencias; miradas inquisitivas, que se adentran en lo íntimo de los hombres: todo eso hay en abundancia en las obras de Silverio Lanza. Por eso tienen sus libros un valor permanente.

Parece un contemporáneo nuestro y los que nos sucedan podrán decir lo mismo. Esta es la piedra de toque de toda obra literaria y su más alta categoría.

Silverio Lanza dejó al mundo algunos libros valederos para siempre. Fué, en muchos aspectos, un precursor de la nueva sensibilidad en la creación literaria.

Ofrecemos a nuestros lectores uno de sus breves, bellos, originales relatos.

CRÍTICA MIOPE

Don Ramón estaba loco.

Su hermano, al presentarle en el manicomio, dijo los síntomas de la enfermedad. Don Ramón lloraba y pegaba.

Un hombre que llora y pega es siempre molesto. Si llora y pide algo, se le huye; si llora y no pide, se le compadece y se le encierra por loco.

Don Ramón lloraba, pegaba y no daba explicaciones de su conducta. Las gentes se compadecieron de él y la familia lo encerró en un manicomio. ¡Y era lástima! Porque todos convinieron en que Don Ramón, no pegando ni llorando, era un hombre muy sabio y muy listo: ¡como que nadie lo entendía!

Don Ramón fué al manicomio, y las gentes y la familia se tranquilizaron.

Afortunadamente hay manicomios para tranquilidad de las gentes timoratas; y afortunadamente, hay locos para bienestar de los manicomios y si, en este siglo, procuramos que no falten locos ni manicomios, habremos merecido el aplauso de las generaciones futuras.

El manicomio, como el presidio, son hechuras sociales, y reflejan la necia soberbia de su autor. La sociedad tiene el tenaz capricho de dejar huellas, y poco le importa que su justicia, su religión y sus enseñanzas sean como fueren: lo importante es que dejen huella. La enseñanza no se veri-

fica sino por el título profesional; enseñanza mala, pero huella eterna; la religión tiene sus sacramentos para dejar huella, aunque no deje fé; y la justicia tiene el presidio, donde el criminal no se purifica por medio de la pena, sino que sigue para siempre impuro. Las sociedades han querido imitar la eternidad de la muerte. Salir del presidio, como salir del manicomio, son resurrecciones incompletas que soporta una sociedad con el pudor suficiente para no enterrar a sus víctimas.

El manicomio produce una defunción provisional que se convierte en definitiva (por la parálisis) dentro de la casa de salud (?); y, por el recelo al enfermo, si éste llega a verse libre.

Pedir al presidio el equilibrio moral, y pedir al manicomio el equilibrio mental, son dos majaderías; no pueden hacerlo; y, si lo hiciesen, sería inútil su labor porque las sociedades, repletas de vulgo, condenan a eterna infamia y a eterna locura. Se creen hechuras de Dios, y quieren imitar a su padre: hagamos algo eterno, aunque sea mal.

El manicomio satisface esta aspiración de la sociedad y de la familia, y no cura al enfermo; casi garantiza la eternidad morbosa y la eternidad patológica; y el heredero hereda tácitamente cuando el causante ingresa en un manicomio. La devolución de esa herencia (de hecho) sería dolorosa para el usufructuario que espera la propiedad nuda, y para el manicomio, que perdería a un cliente y se desacreditaría ante los heredipetas. Y el manicomio cuida a los dementes para que vivan mucho, paguen mucho y no curen jamás. Y, sobre todo, cuida de que no se maten y se volteen, para evitar la intrusión de la justicia porque entonces...

—¿Pero esto es un cuento o un sermón?

—Calma lector mío: ya leyó usted que en este escrito se hablaba de locos, y en él no debía usted buscar nada razonable. Y, si persiste en buscarlo, será usted un demente, y aquí terminará mi cuento; porque es claro que siendo yo loco no escriba para enajenados, sino para las personas que puedan darme la razón. ¿Donde estábamos?

—En el momento que llegaba la justicia.

—Pues vámonos a otra parte.

Los locos acababan de cenar acompañados del director, del médico, del capellán y de los altos funcionarios del manicomio; y cada cual se fué donde más le agradaba. A los dementes que pagan bien se los vigila, pero no se les contradice.

Don Ramón se marchó a la huerta. Empezó paseando deprisa; después se paseó despacio; después, parándose amenudo; y al fin, fué a sentarse. Continuamente buscó los bolsillos de su ropa, pero no halló lo que buscaba, porque siguió rebuscando.

Los asientos próximos estaban llenos de locos; y, como don Ramón viese que en un banco sólo había un sitio ocupado, se sentó allí.